

## CUANDO AURELIO MURIÓ

Cuando murió Aurelio, a pesar de que ya hacía mucho frío, él no sintió ninguna incomodidad. Experimentó, eso sí, un deseo irrenunciable de hacer un inventario de las sensaciones que en ese momento tenía. La primera era un fortísimo miedo a morir. Pero al constatar que ya estaba muerto y que nada malo le estaba pasando, tanto miedo se acabó desvaneciendo en un santiamén, dejando paso a otras sensaciones que estaban ocultas antes.

Aunque la mayoría de la gente piensa que cuando uno muere deja de sentir o de conocer, no es cierto. Durante unos instantes -que a veces resultan incluso horas- el muerto, ya sin vida corpórea, tiene sin embargo sentimientos difíciles de ordenar o de comprender. No guarda recuerdos, pues estos se quedan en el cerebro, pero se agolpan algunos sentimientos que muchas veces lo hacen hasta temblar. Estos sentimientos habitan durante toda nuestra vida en diversas partes del cuerpo y desde allí se imponen como una oleada y llegan a ocupar el cuerpo entero. Por eso al morir aún quedan algunos como rescoldos y el ser fallecido tiene que atenderlos sin más remedio.

Aurelio había muerto de la manera más tonta, había caído de la motocicleta en la que volvía a su casa por culpa de un bache del camino. El golpe en la cabeza supuso la muerte instantánea. Era de noche, había llovido mucho, el camino estaba lleno de barro y los baches eran ahora socavones ocultos bajo un charco de lodo. Aurelio volvía de los corrales y se le había hecho de noche, así que lo más normal era no ver la carretera. La motocicleta bailó al salir violentamente del agujero y el pobre Aurelio se resbaló en el sillín y cayó al suelo contra una montonera de pedruscos. Allí estaba todavía, la cabeza sobre una buena porción de sangre que se mezclaba ahora con el barrizal. Tenía los ojos abiertos y miraba al cielo, así que veía el reflejo de la luna muy difuso detrás de un amasijo de nubes. Tardarían bastante en encontrarlo, eso era seguro.

Así pues, Aurelio se fijó en esas sensaciones que aún lo agitaban. Vencido el miedo a la muerte, ya se podían distinguir otras más livianas. Y la más acuciante era algo que pudo situar en su estómago o un poco más abajo, en el vientre. Sentía ahí la necesidad de despedirse de su padre. Aunque percibía otros deseos, este era el más claro, el que llamaba con más fuerza. Se levantó, sabiendo que dejaba en el suelo su cuerpo muerto. Comenzó a moverse y avanzó por el camino unos metros. Detrás de un seto cercano al punto del accidente vio la casa de su padre, y eso que estaba a más de cinco kilómetros de las afueras del pueblo.

Dentro sintió el olor característico de la casa, aunque para él fue algo casi novedoso: un olor a casa cerrada en la que el humo de la chimenea había dejado su presencia agarrada a las paredes y a los muebles. Junto a su padre se sintió aliviado. Durante unos segundos estuvo disfrutando de esa sensación de alivio. Dio vueltas por las distintas y pocas habitaciones de la casa, de su casa. En el salón, que ellos llamaban comedor, estaba su padre. A esas horas el buen viejo estaba metido en las faldas de la mesa camilla, enfrente del televisor y con la luz apagada. En la habitación había una iluminación

dudosa, a veces clara y a veces apagada, siempre de colores. Dormido, el padre de Aurelio respiraba con tranquilidad. Aurelio se puso a su lado, de pie, mirándolo.

Ver a su padre tan tranquilo lo tranquilizaba a él. Se acercó a su cara y lo besó en la mejilla. Como si susurrara, al oído le dijo que estaba muerto. También le dijo que lo quería y que con él había vivido con plena felicidad. Aún lo miró un buen rato más, así desde los pocos centímetros que separaban las dos cabezas masculinas.

Aurelio tenía ya cerca de los cuarenta años y vivía solo con su padre desde muy niño, cuando murió su madre. Él no la recordó nunca, era muy pequeño cuando se murió la mujer. El padre trabajó en la huerta hasta que pudo y luego se dedicó a la tienda que tenían en la propia casa. Él llevaba la huerta. Con pocas palabras, habían dejado que pasaran los años por ellos, desgastando la juventud de Aurelio y la vida de su padre.

Ahora, muerto Aurelio, el padre quedaba desamparado. Bien lo sabía Aurelio, aunque estuviera muerto. Al menos le quedaba este consuelo de visitarlo y de calentarle el corazón con una sensación de felicidad. Despegó su cara de la cabeza de su padre. Si hubiera podido, habría subido la falda de la camilla para tapar mejor las manos del viejo, que se estaban quedando frías. Pero su sensación de gozo fue completa cuando, al darle un último beso en la frente, vio que su padre sonreía, perdido en su sueño tranquilo.

Libre al fin de esa sensación que tuvo al morir, alzó su cuerpo. En ese momento se asomaba a la ventana la cara de un muchacho. Era Tristán, el hijo pequeño de sus vecinos. Lo miró Aurelio sin conocerlo pero con la curiosidad de saber qué querría el niño a esas horas. El niño miraba por el cristal, buscando en la oscuridad ver algún bulto reconocible. A la luz intermitente de la pantalla del televisor, reconoció al padre de Aurelio. Entrecerró los ojos para distinguir mejor. Lo veía casi de frente. El chiquillo se alegró al ver que sonreía. Dirigiéndose al hombre dormido, sin ver ninguna otra presencia más, dijo detrás del cristal, sin gritar, como conversando: "Que Aurelio se ha muerto". Y Aurelio, que sí lo escuchó, notó un escalofrío. Se preguntó quién era ese chico, a pesar de que lo había visto desde recién nacido. Le dijo: "¿Y tú qué sabes?", pero esas palabras nadie las pudo oír, como tampoco nadie lo podía ver, porque en efecto estaba muerto a varios kilómetros de allí.

Aurelio, reconfortado, quiso volver a su cuerpo. Echó a andar y ya caminaba por el camino, en los arrabales. Ya no le extrañó llegar en un instante hasta donde había tenido el accidente. Se tumbó junto a su cuerpo, encima de su cuerpo. Miró el reflejo difuso de la luna, estaba enormemente cansado. Cerró los ojos y se durmió.